

en nada disminuyen la impresión de la soledad y del recogimiento. Se recibe los peregrinos como en todos los conventos Franciscanos de Tierra Santa. No llegan enteramente extranjeros y desconocidos. Fray José de Bettosca fué el guía de la marquesa de Nicolay en sus viajes por Judea, su ayuda, y aun diré su brazo derecho para todos los trabajos que emprendió en Emmaus; bueno, activo, generoso y sin rendirse jamás á la pena y á la fatiga.

«Dice Mad. Sodar: Jamás olvidaré la cordialidad con que este excelente religioso nos hizo los honores de la casa, ni las noches pasadas en este Hospicio, en donde el aire es tan puro y la tranquilidad tan absoluta. Mejor he dormido allí que en los más suntuosos hoteles de Europa. Fuera de esto, me gustan esas habitaciones, cuyos muros, adornados solamente por un Crucifijo y alguna otra imagen piadosa, recuerdan la severidad de la celda monástica; y me complazco, sobre todo, en ser despertado por la campana que toca por la mañana á los oficios en medio de la soledad.

»A las cinco hay que levantarse prestos para bajar á la capilla, en donde otros piadosos peregrinos desean oír una Misa. La solemne tiene lugar á las nueve. Escúchase con emoción el Evangelio, la historia de los dos discípulos, tan admirablemente trazada por San Lucas; su encuentro con el Salvador, su conversación en la que manifestaban á la vez la esperanza y el abatimiento, el acto generoso de una hospitalidad tan magníficamente recompensada.....»

¡Qué sencillez en la narración de estas maravillas, y qué elocuencia no les prestan los lugares que de ellas fueron teatro! Si el sepulcro de Lázaro en Betania nos había revelado el poder de Jesús mandando á la muerte, la casa de Cleofás, de la que está tan cerca, nos revela los prodigios de amor y los milagros de su caridad.

Terminadas las ceremonias sagradas, es necesario visitan una celda que es para los frailes un precioso santuario: la habitación que había ocupado la marquesa de Nicolay. La dichosa celda estaba el día de su marcha tal y como está actualmente, sin que nada se haya cambiado; hay una cama, dos sillas y una pequeña mesa sin tapiz. Sobre la cama están plegadas las sábanas de que la marquesa se sirvió en la última noche que pasó aquí, como se hace con una persona cuya vuelta está cercana. En la pared están colgados sus pobres vestidos, su sombrilla y un gran sombrero de paja. ¡Da increíble placer el ver con los propios ojos y palpar con las propias manos tales reliquias! Ellas os predicán, os conmueven, os llenan el alma de no sé qué perfume espiritual cuya impresión se deja sentir por largo tiempo.

Uno puede sentarse á la mesa en donde se había sentado tantas veces la santa ilustre descendiente de los Nicolay.

«La señorita de Nicolay, dijo á unos peregrinos el citado Fr. José, entró de muy joven en el convento del Sagrado Corazón, en donde tomó el santo hábito; pero siendo incompatible con su delicada salud la vida de comunidad, le fué preciso, con la licencia del Santo Padre, abandonar este monasterio. Con todo eso, la corta permanencia que hizo en él, decidió de su verdadera vocación. No era aún sino postulanta, cuando le aconteció llegar tarde á Misa el lunes de Pascua. Su director la reprendió por ello amargamente imponiéndola por penitencia el que leyese el Evangelio del día. Este fué el golpe de gracia. —Emaús,—exclamó ella con el acento de una persona que recibe una conmoción eléctrica, yo quiero reedificarlo.

»Sin embargo, esto no era sino el fervor de una grande alma conmovida, un presentimiento secreto de la obra para la que el cielo la destinaba.

»La marquesa salió del convento pero sin volver á entrar en el mundo, sin ir siquiera á casa de su padre, á quien no volvió á ver más. Cuando le manifestó su resolución de dirigirse á Tierra Santa, aunque fueron grandes la amargura y la tristeza que experimentó al sentirse alejado para siempre de una hija tan tiernamente amada, no se opuso. No obstante, sólo autorizó su viaje con la condición de que había de hacerlo acompañada de un eclesiástico. Dios quiso que hallase no solamente uno, sino varios, pues partió con tres religiosos Franciscanos que se dirigían á Jerusalén.

»Apenas llegada á Tierra Santa se presentó al Reverendísimo Custodio, y le manifestó su intención de levantar las ruinas de Emaús y edificar allí una Iglesia y un convento. El P. Buenaventura de Solero, este era el nombre del Custodio, no pudo menos de felicitarla entrañablemente por su proyecto, y como ella le pidiese un guía fiel y seguro para acompañarla en sus excursiones y poner manos á la obra que meditaba, el Reverendísimo, del que era *yo* socio hacía muchos años, me designó para este oficio. Al siguiente día de su llegada se dirigió la Marquesa á Emaús. Al ver el santuario profanado por los infieles y reducido á un montón de inmundicias, se conmovió profundamente hasta derramar amargas lágrimas, y resolvió rescatarlo á toda costa. El negocio era delicado y exigía grandes precauciones para no despertar el fanatismo de los musulmanes. Fué, pues, tenido en secreto, y confiado á las diligencias de un *rayá* de mucha habilidad llamado Carlos Gellad, dragomán del consulado francés. Mediante la actividad de tal agente y

una suma considerable, el 24 de junio de 1861, después de tantos siglos de esclavitud y profanación, el venerable santuario de Emaús con sus ruinas y tierras adyacentes, pasaba de las manos de los infieles á las de la Marquesa de Nicolay.

»Hecha la adquisición, la Marquesa hizo al punto dar noticia de ella á Pío IX, manifestándole el deseo de restaurar el Santuario y su intención de confiarlo á los Franciscanos. Ella le explicaba los motivos que la inducían á hacer esta elección y las ventajas que resultarían de ella, tanto para el servicio divino, como para el bien de los peregrinos y de los pobres.

»El Santo Padre le respondió, que no podía estar más satisfecho de su relación, que aprobaba todas las cosas y daba voluntariamente su aquiescencia á las peticiones que se le hacían. Sólo, añadía Su Santidad, que era necesario el que sometiese su proyecto al Patriarca de Jerusalén. Este no la acogió favorablemente. Emitió sus dudas sobre la autenticidad del lugar, añadiendo que sin un rescripto formal del Papa no autorizaba en manera alguna tal proyecto. Este rescripto llegó en febrero de 1862. Su Santidad se reservaba solamente el explicarse de viva voz con el General de la Orden sobre el modo de su ejecución. Con todo eso, el decreto de Soberano Pontífice no hizo cesar la oposición de Mons. Valerga. Mal informado de la cuestión y celoso de la preferencia concedida á los Franciscanos, pretendió que había sido sorprendida la buena fe de Pío IX, y en su consecuencia, ordenó la suspensión de las obras.

»Apenas tuvo noticia la Marquesa de una medida tan rigurosa, cuando, estupefacta y afligida, escribió al cardenal Barnabó, Prefecto de la Propaganda, para defender la autenticidad de Emaús y del rescripto concedido en su favor. Envió al mismo tiempo todos los documentos que justificaban la tradición, con el plano de la localidad y una carta de los diversos caminos que conducen á Emaús, por medio de los cuales cada uno podía comprobar las medidas indicadas en el manuscrito. Todo esto produjo su efecto; después de seis meses de ansia cruel, durante los cuales pudimos creer perdido el fruto de tantos trabajos, el Patriarca levantó el entredicho y reconoció el rescripto pontificio que consignaba á los Franciscanos la guarda del Santuario de Emaús.

»La Marquesa fué la mujer fuerte de que nos habla la sabiduría que previendo todas las cosas, da la prosperidad á su casa. Desde que emprendió la reedificación de Emaús, la prosiguió con una fe, una inteligencia y un celo que jamás abatieron las dificultades y contradicciones de todas suertes que tuvo que sufrir tanto por parte de los

hombres como por otras circunstancias. Ella hizo de arquitecto y superintendente de los trabajos; hizo el plano, los dibujos, los contratos; era el alma de todo, y en medio de tan diversos y absorbentes cuidados, de los que pocas personas de su sexo serían capaces, conservaba un buen humor siempre imperturbable.»

Digamos algo sobre sus costumbres.

Después de un día pasado en el desierto, y bajo la ardiente cúpula del cielo, se la veía tomar su rosario y caminar lentamente hacia la cima de la montaña, desde donde le gustaba contemplar las magnificencias del sol en su ocaso; esta era su única distracción. Por la noche dormía en un establo, al lado de dos bestias de carga, que le debieron recordar más de una vez el buey y el asno de la gruta de Belén; y el establo fué su único abrigo hasta que el hospicio estuvo bastante adelantado para proporcionarle una habitación en la que residió, á pesar de la humedad de las paredes recién construidas. Allí pasó tres meses consecutivos sin volver á Jerusalén sino era para los oficios divinos, prefiriendo á todo, como decía, este poético desierto.

La comida correspondía con su alojamiento. Se abstenía del vino por penitencia, y de los alimentos grasientos por necesidad. No había entonces en Emaús, como tampoco hay ahora más que la carne llevada de Jerusalén. Sopa, pan y huevos formaban todo su alimento. Pero lejos de lamentarse de este duro régimen, salían siempre de aquellos labios la sonrisa y las buenas palabras, que alegraban sus festines de anacoreta. El silicio, la cama sobre la dura y desnuda tierra, la oración durante una gran parte de la noche, y una vida de humildad, de pobreza y de sufrimientos, había reemplazado las costumbres suaves, las camas muelles, las comidas suntuosas, los baños y los espectáculos de que tanto usan y abusan en el mundo muchas personas de su rango. Por lo demás su vida no fué sino una larga oblación de sí misma á Dios. Dotada de grande inteligencia y de todas las buenas cualidades del corazón, tenía una fuerza de voluntad que la hacía dueña de su débil y flaco cuerpo. Llena de enfermedades, siempre muriendo y siempre viva, era una perpetua victoria de la gracia sobre la naturaleza.

Su devoción era grande, aunque sin escrúpulos, sin beaterías, sin mezquindad alguna; resplandecía en su rostro, en donde brillaba una serenidad celestial. Buena, afable con todos; aquellos que la trataron de cerca y vivieron con ella pueden atestiguar no haberla visto jamás turbada ni impaciente, á pesar de todos los disgustos y de todas las persecuciones de que fué objeto. Repetía frecuentemente el grito heroico de Santa Teresa de Jesús: «¡O sufrir, ó morir!» Y cuando la per-

sona que la servía quería compadecerse de sus penas, ella sin acusar jamás al que se las ocasionaba, repetía con una paciencia angélica: «Dios permite tales pruebas, y es necesario someterse á su santísima voluntad.» Estas palabras, que tantos cristianos pronuncian sólo con la boca, ella las decía de corazón, y añadía con frecuencia: «Sí, quiero morir aquí por amor de San Francisco.» Abrazó su Orden Tercera con un fervor sumo y llegó hasta á compenetrarse de su espíritu.

Su amor por la pobreza era extraordinario. Aun cuando tenía una dama que no la dejaba jamás, ella se servía por sí misma y nunca aceptaba el que la ayudase en su tocado. Es verdad que su tocado era la sencillez misma. Lo que era en la habitación y en la comida era también en su vestido. Siempre llevaba un traje obscuro y sin el menor adorno. Cubría su cabeza con una simple cofia blanca, y cuando salía se ponía un sombrero de los más modestos, y siempre obscuro. Se complacía, sobre todo, en revestir desde los pies á la cabeza las insignias de San Francisco. Una de sus grandes precauciones era el llevar en la muerte estas mismas libreas. «*Ricordate*,—decía muy á menudo,—*che voglio essere seppellita nell' abito di San Francesco.*» «Tened presente que quiero ser sepultada con el hábito de San Francisco.»

Nunca estaba ociosa; alternativamente oraba, trabajaba ó escribía. Su correspondencia era enorme, y hubiera bastado por sí sola para ocupar á una persona menos activa y laboriosa. Tenía relación con las personas más eminentes del mundo religioso, las cuales se sentían como atraídas por esta alma radiante de la verdadera caridad. Tenía, además, una gracia especial para mover los corazones, y sus oraciones acababan la obra confirmándolos en el bien.

Todos los lugares de la Judea y Galilea consagrados por algún recuerdo del antiguo ó del Nuevo Testamento, recibieron sucesivamente los homenajes religiosos de la ilustre hija de los Nicolay. Después de este viaje, que hizo sin el menor aparato y sin llevar consigo otro acompañamiento que á Mad. Sodar de Vaulis y á su criada, tuvo valor suficiente para volver á atravesar el mar y dirigirse á Roma, á fin de asistir á la canonización de los mártires del Japón, que tuvo lugar en 1862. Inmenso consuelo experimentó al orar sobre la tumba de los Apóstoles, y no le proporcionaron menor las repetidas audiencias á que le admitió el gran Pontífice Pío IX. La capital del mundo católico tenía también derecho á su culto y entusiasmo. Sin embargo, era una región del cielo más brillante aún que aquella en que había fijado su ideal: estando en Roma soñaba con Jerusalén. Aunque próxima á Suiza no pasó á saludar á su familia. Como San Francisco Javier, no quiso vol-

ver á ver el techo paterno, volviéndose con los religiosos que la habían acompañado.

De vuelta á su patria adoptiva, la señorita de Nicolay pudo ver cumplido uno de sus más ardientes deseos, cual fué la adquisición del terreno que encerraba las ruinas de la iglesia edificada en otro tiempo en el lugar mismo que ocupó la casa de Cleofás, que los turcos habían rehusado obstinadamente venderle hasta entonces. Este fué su último gozo, pues le sorprendió la muerte antes de poder llevar á cabo la restauración de este bello monumento, que desgraciadamente sigue sin restaurar.

El deseo de la Marquesa no era terminar sus días en Jerusalén; repetía frecuentemente á la dama de su compañía: «Maria, cuando queden terminadas las obras de Emaús y Bethania, iremos á Nazareth. Allí compraré un terreno, haré construir una casita y esperaré en ella dulcemente mi última hora.»

Dios no lo permitió. Un día en que, como de costumbre, había ido á tomar un poco de expansión y reposo sobre la montaña á que tenía tan particular afecto y desde la que se disfruta de una vista de las más extensas de Palestina, se sintió de repente indispuesta y le fué preciso bajar pronto al convento. Dos días después, habiéndose agravado su enfermedad, volvió á Jerusalén, al pequeño departamento que se le había destinado en Casa Nova y del que no debía salir sino para el sepulcro. La Marquesa había dicho en Emaús á Mad. Sodar de Vaulis: «Bien sé que no podrán curarme los médicos, pero es un deber consultarlos y yo no quiero dejar de cumplirlo.» Estuvo enferma durante cuarenta y un días de una parálisis que, quitándole el movimiento de la mitad del cuerpo, le dejó libre el uso de la palabra los treinta primeros. No pronunciaba sino estas palabras: «Esta es la voluntad de Dios.» Y, sin embargo, ¡á cuántos y cuán nobles proyectos no debía renunciar! Emaús no estaba terminado; Bethania no había comenzado aún. ¿Y quién podía prometerle que hallaría una persona generosa, heredera de sus pensamientos y de sus altos designios?... A pesar de estas legítimas inquietudes, y de estos punzantes pesares, vió sin turbación alguna acercarse el momento fatal, y al fin no quiso oír otros discursos que los versículos de los salmos apropiados á las esperanzas del cristiano que parte de este mundo.

Pasó al Señor el 9 de junio de 1868.

Una cuestión había preocupado siempre á la Marquesa, y fué el lugar de su sepultura. «Yo quiero, había dicho muchas veces, ser sepultada en Emaús.» Este deseo se cumplió al fin. Después de su muerte